

Naufragios, de Alvar Núñez Cabeza de Vaca: ¿un discurso que revierte al fracaso?

Lidia Díaz, University of Pittsburgh

I. Introducción

Naufragios de Alvar Núñez Cabeza de Vaca es un texto de compleja caracterización, cuyos signos generales lo ubican dentro del género que se conoce como "relación." Este término refiere a un tipo de discurso historiográfico definido como informe solicitado por la Corona, el Consejo de Indias u otras instituciones imperiales sobre las cosas del Nuevo Mundo y sobre las acciones de los españoles en él, destinado a constituir una prueba de méritos y servicios.¹ Se trataba de elaborar, en este caso concreto, un escrito de índole forense que, requerido por las autoridades, daba cuenta de las vicisitudes de una experiencia expedicionaria que ofrecía instancias de lectura diferenciadas con respecto a las propuestas por los cronistas que la antecedieron.

El texto fue producido entre 1537 y 1540, una vez que Alvar Núñez regresara a España, y así, no es un libro de viaje, sino la plasmación en texto de las vivencias que, mediatizadas por diez años de registro gradual de hechos insólitos, relatan *a posteriori* lo que la memoria permitió actualizar.

Su denominación original no fue *Naufragios*, rótulo cuya connotación negativa hubiera problematizado de primera instancia los objetivos de reconocimiento para los cuales el texto tuvo lugar, sino *Relación*, y había sido dirigida a la Real Audiencia del Consejo de Indias e instrumentada por Gonzalo Fernández de Oviedo para redactar su *Historia General y Natural de las Indias*, iniciada en 1492 y concluida en 1548.

Tal como dice Beatriz Pastor, la representación quimérica del continente americano concebida por los primeros viajeros, presenta singulares contrastes con esta

América de Alvar Núñez (213), conformada a partir de perspectivas que son el resultado de duros años de caminarla. El contexto inédito con el que en general tenía que operar el cronista de Indias, adquiere categorías diferenciadas en esta Relación, que si bien acomoda también los códigos desconocidos a figuraciones propias para hacerlas comprensibles, lo hace desde adentro del espacio que había de ser conquistado. De hecho, la interacción del narrador de los *Naufragios* con ese espacio, está condicionada por su participación en una empresa notablemente desquiciada, que carece de la prestigiosa articulación con el éxito que suponen los modelos de la acción conquistadora y desarrolla, por lo tanto, mecanismos tendientes a compensar las expectativas triunfalistas del proyecto imperial.

Es así que Alvar Núñez estructura una obra que se sitúa en las fronteras entre historia y ficción, a partir de instancias que cuentan una realidad vivida y fabulada a modo de relación autobiográfica, en la que el mismo se instala simultáneamente como autor, personaje y narrador.² Tal narración adquiere singular importancia ante la imposibilidad de satisfacer los objetivos inmediatos encomendados a la expedición de Pánfilo de Narváez y de la cual el autor formaba parte. La desastrosa aventura protagonizada por el grupo que pasó a estar al mando de Alvar Núñez fue hábilmente subvertida al ser relatada, y recharacterizada a tal punto y con suficiente eficacia como para que su recopilación informativa desatara nuevos ciclos expedicionarios.

El autor propone entonces otro tipo de servicio: uno que no consiste en el botín esperado (Pastor 222), ni en las glorias que

implicaban la acción militar vencedora, sino en un recuento de lo que se ha visto y vivido en tierras desconocidas, y que tenía que adquirir tanta envergadura para el rey, como la tradicional rendición de cuentas llevada a cabo por los que regresaban laureados por la misión cumplida:

...bien pensé que mis obras y servicios fueran tan claros y manifiestos como fueron los de mis antepasados, y que no tuviera yo necesidad de hablar para ser contado entre los que con entera fe y gran cuidado administran y tratan los cargos de Vuestra Majestad y les hace merced. Mas no me quedó lugar para hacer más servicio deste, que es traer a Vuestra Majestad relación de lo que en diez años que por muchas y muy extrañas tierras que anduve perdido y en cueros, pudiese saber y ver, así en el sitio de tierras y provincias y distancias dellos como mantenimientos. [...] Y todas las particularidades que pude alcanzar y conocer [...] el cuidado y diligencia siempre fue muy grande de tener particular memoria de todo, como la relación dello es aviso, a mi parecer no liviano, para los que en su nombre fueran a conquistar aquellas tierras. (*Naufragios* 4)

Por otra parte, y ante el desastre militar y económico que representó la expedición de Narváez, en los *Naufragios* -años después- se sustituye gradualmente la narración conquistadora de carácter castrense por la otra y única posible alternativa viable que aún admitía una valoración positiva: la conquista evangelizadora, plenamente convalidada por la acción imperialista que España desarrollaba en el Nuevo Mundo.

Es entonces el reverso del proyecto de dominación que determina en Alvar Núñez Cabeza de Vaca la "necesidad de hablar", motivación según el "no liviana," tal como se encarga de enfatizar en el proemio (*Naufragios* 76), para que sus esfuerzos en la causa del Imperio fueran valorados y recompensados. Alvar Núñez recurre así a la construcción de un decisivo relato con el fin de ganar el favor del monarca y atraer las "mercedes deseadas," concretando una alternativa significativa de apelación: la palabra de su *Relación*.

II. Transformación del Yo aprendiendo al Otro

Frustrados los logros planificados por el grupo expedicionario de Narváez, se neutraliza la trilogía que los movilizaba: riqueza, fama y poder van siendo sustituidos por instancias mucho más prosaicas que asegurarán la básica supervivencia. Las metas originales van perfilando una fisonomía elemental y cotidiana; el hambre, el frío, la sed, las enfermedades van transformando la escala de valores del conquistador a tal punto, que la acción militar en un principio idealizada se minimiza ahora para jerarquizar prioritariamente la urgencia doméstica de no sucumbir a aquéllas. En la narración de Cabeza de Vaca, la catástrofe producida por la dispersión de las embarcaciones, los sucesivos naufragios y el desbande del grupo, conduce a estadios de aislamiento por parte de los sobrevivientes, que se hace particularmente notorio en la persona del autor. Pero éste modificará gradualmente su endebles y desventura en fortaleza para erigirse en guía imprescindible. Ya desde el principio se contrasta el buen juicio, firme temperamento y valentía de Alvar Núñez Cabeza de Vaca con las vacilaciones, decisiones precipitadas y final abandono de responsabilidades de Narváez. El narrador se retrata como el que más se destaca en cualidades de liderazgo; es Alvar Núñez

quien predica el Evangelio entre los indígenas y el que efectúa la reconciliación de tribus tradicionalmente enemistadas. Es el mediador entre indios y españoles, y en última instancia defensor de aquellos contra éstos, al cabo de un largo proceso que conllevó una crítica permutación, que afectó tanto al modo de percibir esa realidad “otra” como de percibirse a sí mismo y sus propios marcos de referencia.

Se va dando un desarrollo atípico de la figura del conquistador, que se instala en el texto a través de las sucesivas etapas de choque, encuentro, integración y retorno, y en las cuales es importante atender a los términos de una básica oposición: la de “Yo” vs. “el otro,” oposición que tiene en el relato diversas implicaciones y que se constituye en él como una red, en cuyo centro está siempre el narrador protagonista. El recuento de peripecias sufridas, de la experiencia tan duramente ganada, se manifiesta al final como justificación compensatoria; el fracaso de la empresa de conquista se transforma en exaltación de la acción personal. Pero esta autovaloración se da como producto de un proceso de mudanza interior del narrador personaje, a partir de esa experiencia decisiva de conocimiento y descubrimiento del otro, que transforma el modo de conciencia propio del clásico estereotipo del conquistador español.

Los diferentes grados de distanciamiento y objetivación del narrador con respecto a los sucesos de una acción en la que se ve implicado, muestran que Alvar Núñez relata a partir de estrategias autovalorativas de un Yo que, sobre la base de la reivindicación del infortunio y el mérito del sufrimiento, expresan lo que Beatriz Pastor denomina “el discurso narrativo del fracaso como representación desmitificadora y crítica que can-cela el modelo anterior de acción épica” (228). La figura del conquistador se desprestigia, se problematiza; ya no es una construcción ideal que encarna las virtudes

requeridas para la realización del proyecto inicial; ambivalencias y contradicciones “humanizan” al héroe, que organiza su aproximación a esa realidad otra, que moviliza tales cambios sobre bases cualitativamente distintas.

Y es en relación con un contexto que se ve obligado a mirar con otros ojos, que Alvar Núñez va redefiniendo su propia identidad y la del indígena; la experiencia del otro y de lo otro funda esa redefinición y se nutre de ella. Se instituye la necesidad de replantearse y replantear al otro, en el contexto a la vez de una reevaluación de toda la odisea protagonizada: la orden de “conquistar y gobernar las provincias que están desde el río de Las Palmas hasta el cabo de La Florida” (*Naufragios* 41), es trastocada imprevistamente permitiendo al Yo una perspectiva determinante. Despojado de lo familiar ya muy a comienzos del viaje, arrojado a un ámbito desconocido con el que debe forzosamente negociar, se irá reconstruyendo sobre la base de motivaciones que nada tienen que ver con las ahora casi utópicas tipologías del guerrero de la “historia oficial” al Nuevo Mundo estipulaban como patrón “apropiado.” El desamparo y la necesidad van configurando esa dinámica de un yo, que si bien las carencias materiales parecieran debilitar, paradójicamente se va autoafirmando a partir de la desaparición de Narváez, cuya inoperancia y vacilaciones ya venían haciendo sentir la ausencia de una voz directiva para el grupo:

Yo le dije que vía la poca posibilidad que en, nosotros había para poder seguirle y hacer lo que había mandado que me dijese que era lo que me mandaba que yo hiciese. El me respondió que ya no era tiempo de mandar unos a otros, que cada uno hiciese lo que mejor le pareciese que era para salvar la vida. (*Naufragios* 40)

Alvar Núñez queda solo, tomando la expedición en mano y permitiéndose así, al contarla luego, hacer uso de una primera persona insólita, ya no apéndice del comando de Narváez. Tal es así, que en la Relación esta distinción del Yo se produce contra un fondo de notable desorganización y desconcierto ante la ineficacia y el caos de la gestión de Narváez, a esta altura ya descripción "caricaturesca" (Pastor 215) del ejército conquistador. Y esto es algo que Alvar Núñez se complace en reiterar, a fin de erigirse en autoridad en sí mismo a la vez que confiriendo esa autoridad al texto, al hacerse cargo del relato en torno a un Yo cualitativamente diferente. Este Yo adquiere presencia a lo largo del texto garantizando una pretendida autenticidad a lo narrado, tratando de acortar distancias entre realidad vista o imaginada, para dar cuenta de vivencias que aún dentro de las normas de verosimilitud de la época, rayaban en lo increíble.

La insistencia en la creación de una convincente autoimagen como protagonista de dimensiones heroicas en un contexto absolutamente desprovisto de ellas, es un proceso fundamental en la Relación. El Yo que centra la narración de *Naufragios* se metamorfosea, asume nuevas formas al quedar con sus compañeros "desnudos como nacimos y perdido todo lo que traíamos y aunque todo valía poco, para entonces valía mucho" (*Naufragios* 72). Ese Yo, que siguiendo a Sylvia Molloy sería un espacio despojado (España ha quedado atrás) que se irá llenando con lo desconocido -América- hasta lograr un nuevo ser, nueva identidad. En función de este Yo es que entonces habrán de verse las descripciones de nuevos parajes y nuevos seres, y no sólo como nueva información geográfica y etnológica: "son prolongaciones vitales de una nueva persona dinámica" (Molloy 432).

Y un aspecto fundamental de tal proceso redefinitorio, es que el contacto con un otro

cotidiano cuya percepción se incorpora modificando propios esquemas previos, es lo que va dando forma a este Yo diferente. Por supuesto que el reajuste es conflictivo; no se trata de una trayectoria simple y unívoca, sino de ambivalentes conductas que expresan la aparición de relaciones interactivas entre español y nativo, en base a una dialéctica que trastorna las pautas convencionales establecidas entre conquistador y conquistado, propias del referido "discurso mitificador" que propone Beatriz Pastor (212).

Las tres etapas claves a través de las que el narrador realiza su mudable protagonismo: a) casi esclavo a merced de los nativos; b) mercader y c) médico curandero, van estableciendo un sentido inverso de la acción conquistadora que se da paralelo a una recaracterización de su propio rol individual en la misma. La nueva implementación de la religión, que antes era justificativo de violencia y explotación, deviene en *Naufragios* a modo agudo recurso de Alvar Núñez, en instrumento de curación y persuasión. En tal sentido, se da una particular trayectoria espiritual —indiscutiblemente estimulada por una realidad que la condiciona—, que partiendo de un proceso de modificación del grado de conciencia del conquistador del siglo XVI, acerca a Alvar Núñez a los discursos críticos de disidentes como Las Casas o Zumárraga (Pastor 235). Y ello se ve corroborado por otra faceta de un Yo que, a la vez que reclama a través del texto reconocimiento, toma distancia con respecto a diversos "otros": Yo vs. Pánfilo de Narváez, Yo vs. los otros oficiales reales, Yo (inclusivo en el nosotros) vs. los indios, Yo vs. Castillo (en el ejercicio de las prácticas médicas) pero sobre todo, nosotros vs. los cristianos con quienes se encuentra en San Miguel. Oposición ésta que se afirma en los comentarios de los indios con quienes se identifica cuando estos declaran la falsedad de los cristianos desconocidos ("ellos"):

...unos con otros entre sí platicaban diciendo que los cristianos mentían, porque nosotros veníamos de donde salía el sol y ellos donde se pone, y que nosotros sanábamos enfermos y ellos mataban los que estaban sanos, y que nosotros veníamos desnudos y descalzos y ellos vestidos y en caballos y con lanzas y que nosotros no teníamos codicia de ninguna cosa, antes todo cuanto nos daban tornábamos luego a dar y con nada quedábamos, y los otros no tenían otro fin sino robar todo cuanto hallaban, y nunca daban nada a nadie. (*Naufragios* 129)

Y en esta dinámica también se encuentran componentes de aculturación que implican un progresivo adecuamiento a códigos donde incluso la propia desnudez de la que participan tanto material como simbólicamente, desdibuja límites entre el Yo “civilizado” y el Otro “bárbaro.” Los actos que van marcando el abandono del pasado afectan criterios de identidad cultural, sobre todo en el caso de las costumbres alimenticias. El maíz, dieta ajena, se vuelve propia, y si bien a veces el narrador se mantiene al margen de transgresiones (otros comen caballos, el no; otros comen carne humana, el no), Yo partícipe y Yo testigo oscilan sintomáticamente a partir de la necesidad de diferenciarse y a la vez aprender del otro.

Las ambivalencias en el proceso de percepción del indio muestran que el operativo no fue lineal ni consistente; pero al margen de idealizaciones, el texto presenta claros ejemplos de que esa inversión que fue teniendo lugar en este episodio de la conquista, cristalizó en perspectivas más humanizadas al respecto (la solidaridad en el llanto del Capítulo 12 lo ilustra). No obstante, el narrador oscila entre una posición de

identificación vivencial con el indígena y una manifestación de otredad que presenta singular ambigüedad en su conducta; por momentos la magnanimidad hacia los indios de pronto se ve cuestionada cuando los califica de ‘ladrones’ y ‘mentirosos’; igualmente, si bien los indios confirieron a los conquistadores cualidades que éstos en realidad no tenían, también se dio lo inverso como producto de una natural evolución en los modos de aproximación al Otro.

Al igual que con el caso de adaptación alimenticia, las relaciones del Yo al Otro y del Otro al Yo se basan en irregulares conceptualizaciones, propias del contacto inédito con lo distinto; así como Alvar Núñez Cabeza de Vaca es objeto de contradictorias escalas clasificatorias, el indio será a la vez “bruto” (73) y “gente” (76). Sylvia Molloy dirá que “se está simultáneamente adentro y afuera, se es, simultáneamente Yo y el Otro” (435). A tal punto que en circunstancias del reencuentro con los otros españoles en tierra americana y ante el inminente retorno a Europa, el Yo se vuelve, según Molloy, “un híbrido incongruente; aindiado pero no indio, hispanohablante pero no español” (437), lo que revela una innegable transformación personal.

Su currículum ahora se integra con significativos episodios de regresión/evolución a formas “otras” de vida que determinaron la producción de un sujeto cuya problematización condiciona el discurso conflictivo de esta relación.

III Conclusiones

El éxito, dentro del discurso narrativo de la conquista, aparecía como culminación inevitable de una forma de individualismo aristocrático, y en tanto tal, se constituía sobre la base de “mitificación de realidades, acciones y personajes” (Pastor 191), el modelo “imaginario” de la novela de caballería. Teniendo ello en cuenta, los *Naufragios*, al no estar respaldados por el resultado glorioso

—modo previsto de valorización—, tanto el Yo como su relato tendrán que encontrar su gloria, su mérito, dentro de sí mismos.

Es indudable que Alvar Núñez Cabeza de Vaca —a partir de su “Proemio,” pieza que juega un rol fundamental en este caso—, quiere identificarse como depositario de conocimientos excepcionales que lo califican no sólo para retomar la empresa frustrada de Narváez, sino además para llevar a cabo la deseada conquista de las zonas occidentales de Nueva España. Su experiencia directa de la geografía, climas, pueblos y lenguas, integrados en torno a su historia vivenciada en aquellas regiones, lo proyectaban como persona idónea para borrar el fracaso concebido. La misma existencia del “prólogo” es significativa, ya que el género, o tipo discursivo de la relación del Siglo XVI, no exigía carta dedicatoria, pues era escrito por lo común a petición de las autoridades.³ Pero es el haber fallado en la acción lo que le impone a Alvar Núñez la vigencia de la palabra como baluarte, para que sus esfuerzos en la causa del emperador fueran aceptados, reconocidos y premiados.

En los testimonios que ofrece de ese proceso de “iniciación” encuentra recursos discursivos necesarios para incorporar a sus relatos elementos de una cultura “otra,” que sólo con dificultad podían explicarse dentro del sistema cognitivo y valorativo europeo. Y es en este sentido esencial que este viaje constituye un espacio clave de aprendizaje del Otro, estructurado sobre la base de un proceso de transformación radical de un Yo que se va alterando en su autodefinición. El propósito no cumplido de la expedición: “conquistar y gobernar,” es reemplazado *positivamente* por otro, que es una “hazaña retórica: informar y convencer” (Molloy 425). Y ese Yo se reformula a lo largo de la Relación en el juego de dos tensiones que van estructurando el cambio: por un lado, el rey, poderoso Superyo cuya figura condiciona toda la fundamentación de lo que

Alvar Núñez necesita contar, y por otro el mundo indígena, a partir de cuya percepción metamorfoseada se aprende y se cambia.

Así, un proceso de autoconocimiento que posibilita desarrollar el Yo a través del conocimiento del Otro, confirma que, además de los descubrimientos específicos destinados a satisfacer al rey, se dieron otros que generaron mecanismos de aprendizaje fundamentales que modificaron la cosmovisión del Sujeto.

El discurso de Alvar Núñez Cabeza de Vaca tendiente a probar “verbalmente” que pese a la operación militar fallida sus servicios eran dignos de recompensa y retribución como tales, revirtiendo la calificación negativa que pudieran convencionalmente “merecer,” va acompañada de una implícita controversia con el sistema de conquista por la vía armada y la apelación a valores de otra naturaleza: los del conocimiento, la fe, la palabra. Esta propuesta, para ser aceptada por el rey, debía ser legitimada mediante una argumentación que hacía del discurso el signo de autoridad para nuevos modos de concebir, interpretar y representar la realidad, que en cierta medida transgredían las concepciones sostenidas desde el sistema imperante. Por eso *Naufraños* es discurso que problematiza el típico discurso narrativo de la conquista. Ese “Otro” que Alvar Núñez ha llegado a ser como resultado del aprendizaje operado, propone la conversión del desastre militar en éxito misionero. Es así que, en respuesta a la efectividad del mismo, se organiza un nuevo cuerpo de proyectos expedicionarios que, de prevalecer una evaluación negativa sobre la realidad de *Naufraños*, quizá no se hubiesen concretado.

La relación que enuncia ese Sujeto procesado por tal experiencia de aprendizaje, se convierte en algo más que una prueba de servicios presentada ante el rey en defensa de su causa; la percepción crítica frente a la realidad del modelo imperial de la conquista revela un hecho principal: un distan-

ciamiento que lo instala en un espacio de problematización y de toma de conciencia con respecto a valores que parecían inquestionables.

Y en ese sentido, tal vez se podría decir que el fracaso, que en verdad corresponde al primer momento y que según Beatriz Pastor crea en el texto un modelo estético de contraconquista— es tal desde la perspectiva de los objetivos materiales de la corona. Pero la contrapropuesta de Alvar Núñez Cabeza de Vaca cuyo texto cabría ser rebautizado como *Sobrevivencias*, contiene las claves de un discurso que en sí mismo revierte el fracaso: como producto del aprendizaje del Otro, un autodescubrimiento fundamental reelabora un Sujeto que cuestiona el sistema y logra, a través de una ofrenda inédita: la palabra, la respuesta de reconocimiento que neutraliza el botín militar como única instancia válida.

Notas

¹ Según Trinidad Barrera, el vocablo “relación” alude —en el contexto de los impertivos del Siglo XVI—, al cometido de dar testimonio personal de incidentes presentados por el que redacta y suscribe y organizalos coherentemente (reslato) para que cobren sentido. Es decir, significaba, en primer lugar, narración o infore, y en segundo remitía al “romance de sucesos”. En el caso de Alvar Núñez, “relación” estaría referida a ambos significados, enfatizando el primero: asume el informe de sucesos pero insiste en la “narratio” y la “veritas.” La verdad estaba garantizada por el testimonio directo que sirve para relacionar al destinatario del discurso con la persona presencial o protagonista de los hechos (Barrera 19-20).

² Los *Naufragios* comparte con la prosa novelada similitud de recursos expresivos, disgresiones, tensiones, presagios que dan cuenta de viajes, búsquedas, aventuras y peligros que conectan el texto con toda una tradición literaria. La

confluencia de expresiones que integran formas de una cultura renacentista pujante con una realidad que exigía audaces mecanismos retóricos para ser creíblemente expresada, conjugan la imaginación y la propia experiencia de un testigo-actor que relata y en torno al cual gira el texto, en la interacción dinámica de elementos reales y ficticios.

³ El estudio de Trinidad Barrera al respecto consigna: “. . . aunque en aquellos años el pedido de informes no era aún oficial (se oficializan y codifican en las preguntas del cuestionario a partir de 1574, con Ovando y Garay y posteriormente con Velazco), era usual darlo, bien porque fuese solicitado por la Corona con carácter obligatorio o no. Pero entre 1523 y 1528 fue regla omitir en los asientos lo artículos referentes a la descripción del país descubierto, conquistado o poblado, y así consta en la de Pánfilo de Narváez para el Río de Las Palmas (diciembre de 1526). Al no existir dicho pedido, se justificaría la libertad de esta relación y explicaría, incluso, el que fuese acompañada del proemio, algo inusual en las *Relaciones de Servicio* ordenadas por la Corona.

Obras Citadas

- Adorno, Rolena. “The negotiation of fear in Cabeza de Vaca’s *Naufragios*”. *Representations* 33, (Winter 1991): 163-199.
- Barrera, Trinidad. *Naufragios* de Alvar Núñez Cabeza de Vaca. Edición, Introducción y notas de Trinidad Barrera. Madrid: Alianza, 1985.
- Carreño, Antonio. “*Naufragios* de Alvar Núñez Cabeza de Vaca: una retórica de la crónica colonial.” *Revista Iberoamericana* 53.140 (julio-sept.87): 499-516.
- Lafaye, Jacques. *Los conquistadores*. México: Siglo XXI, 1970.
- Lewis, Robert. “Los *Naufragios* de Alvar Núñez: historia y ficción.” *Revista Iberoamericana* 120-121 (julio-diciembre 1982): 681-694.
- Molloy, Sylvia. “Alteridad y reconocimiento en

- los *Naufraios* de Alvar Núñez Cabeza de Vaca." *Nueva Revista de Filología Hispanica* 35.2 (1987): 425-449.
- Núñez Cabeza de Vaca, Alvar. *Naufraios y Comentarios*. Ed. Roberto Ferrando. 2ª ed. Madrid: Historia 16, Crónicas de América: 3, 1984.
- Pastor, Beatriz. *Discursos narrativos de la conquista: mitificación y emergencia*. Hanover: Ediciones del Norte, 1988.
- Pupo Walker, Enrique. "Pesquisas para una nueva lectura de los *Naufraios* de Alvar Núñez Cabeza de Vaca." *Revista Iberoamericana* 53.140 (julio-sept. 1987): 517-539.
- Santa Cruz, Lucía Invernizzi. "*Naufraios e Infortunios: Discurso que transforma fracasos en triunfos*." *Dispositio: Revista Hispánica de Semiótica Literaria* 11.28-29 (1986): 99-111.